

La tierra que hoy habito | título
 Ingrid Vaughan García | autor
 Habla de Arte. Patrimonio y Cultura, Cáceres,
 2.ª edición revisada y ampliada, 2024, 88 págs. | edita



El proyecto editorial «Habla de Arte. Patrimonio y Cultura» que dirige desde 2020 la joven cacereña Victoria Otero, en su apuesta por difundir las diversas manifestaciones culturales del panorama artístico vinculado a Extremadura, ha publicado una segunda edición revisada y ampliada de la antología poética de Ingrid Vaughan García, *La tierra que hoy habito*.

Vaughan, originaria de Bovington, una pequeña localidad del sur de Inglaterra, está profundamente conectada con la cultura y los paisajes extremeños desde hace más de cuatro décadas. Esta relación emocional se refleja en cómo concibe sus versos, en la selección de los títulos de sus poemas y en los referentes, tanto naturales como humanos, con quienes se vincula y hacia los que se dirige. Además, recurre a la invocación de palabras muy nuestras que, gracias a personas como ella que no han dejado de pronunciarlas, han logrado mantenerse vivas aunque no figuren en los diccionarios académicos.

Su poética concentra la atención en el detalle de lo cotidiano, en la sencilla y a la vez compleja diversidad de los acontecimientos naturales que se suceden, nos fijemos o no en ellos, a nuestro alrededor. Ella se fija, incluso podríamos adivinar que

medita ya que, fruto de una observación intensa y prolongada, lanza preguntas como:

¿Por qué será
 que esa parte de un tiempo,
 esa hora tardía,
 hace que sople
 más fuerte el viento? (p. 49)

Dicha observación, derivada en meditación, viene acompañada por los ritmos propios de la naturaleza: «la mariposa que tiembla / no remonta al atardecer» (p. 62), distanciándose de la inaudita aceleración humana, «al compás de una ola marina» (p. 34) y «sin prisas» (p. 22). Y lo hace manejando con destreza tanto la tradicional musicalidad de los versos octosílabos del romancero (*Extremadura*) o el soneto (*Abril, Soneto al mar, Charco oscuro*), como las rimas asonantes o las estrofas liberadas de toda métrica. Sus composiciones muestran la misma armonía orgánica que se espera de la naturaleza a la que rinde homenaje.

Vaughan dialoga con la tierra, la lluvia o el crepúsculo, pero sus conversaciones van más allá, abarcando determinados animales, aves, insectos e incluso rocas, las

cuales adquieren nombres populares y a la vez geográficos, otorgándole así veracidad a la condición de su existencia. Las voces poéticas con las que envuelve sus versos para dirigirse a determinados árboles (*El peral que no vence*, *Agallas*, *El carballo marcea*) o a las inasibles evoluciones de la luz (*Crepúsculo*, *Media luz*) se desvelan, en ocasiones, inconcretas, abiertas a la interpretación de un trance que nos atraviesa y nos invita a preguntarnos sobre estos diálogos interiores: ¿quién habla? ¿A quién habla?

La primera parte del poemario se agrupa bajo ‘Los Cuatro Elementos’: ‘Tierra’, ‘Agua’, ‘Fuego’ y ‘Aire, categorías permeables que se entrelazan de tal forma que varios poemas podrían trasvasarse de una a otra, conservando intacta la esencia de su poética. Pese a la característica atemporalidad de sus poemas nos encontramos ante una escritora contemporánea en cuya memoria quedó marcada la estación de la pandemia. En el poema *Primavera robada* lamenta la pérdida de un tiempo en el que nos dimos cuenta de que la naturaleza que observábamos a través de los cristales funcionaba como un engranaje perfecto que no nos necesitaba: «¿Qué les importa a los pájaros / que un virus nos amenace?» (p. 16).

Algunos poemas incorporados al elemento ‘Agua’ se enmarcan en ambientes costeros, lugares en los que la autora propone para sí diversas maneras de fundirse en ellos, donde «creer que soy de arena» o «tornarme concha» (p. 39). Vaughan observa con detenimiento cómo se comportan las olas, las nubes, las gaviotas o los barcos, trasladando los misterios de lo natural a la experiencia humana. Sorprende el uso recurrente que hace de una terminología marina muy asimilada que

vincula con nuestros paisajes interiores, ya sea a través de los árboles: «sus troncos barcos naufragados» (p. 21), o de las piedras: «y navegar como balsa de piedra / a la deriva» (p. 26).

Dotada de una transparente sinceridad, la poeta reconoce sus miedos: «a veces huyo» (p. 61), «los miedos que no combatí, / ya son guerras perdidas» (p. 15), así como errores que adoptan la apariencia de honesta disculpa: «no supimos quererte a tu manera» (p. 73). Desde el primer poema, *Mañana*, demuestra que la muerte forma parte de un ciclo natural que sigue a la palpitación de la vida «como puertas que se cierran / a un mundo sumergido» (p. 15). Sigue esta misma estela la segunda parte, ‘Elegías’, que cierra el poemario, donde se incluyen poemas en los que reflexiona sobre diferentes pérdidas personales (*El adiós*, *Ara*, *A doña Elia*, *Al buen Rafael*, *Al chico Rosendo*) y animales (*A Hechicero*), lamentos que sirven a su vez de despedida.

Los capítulos de esta cuidada segunda edición de *La tierra que hoy habito* se acompañan de unos dibujos para vidrieras que ilustran, mediante alegorías femeninas, cada uno de los Cuatro Elementos, y que fueron diseñados en el siglo XIX siguiendo la estética prerrafaelita inglesa. Comparten con la lírica de Vaughan la misma búsqueda de un arte puro y sencillo, a veces incluso espiritual. De ahí que el alma aparezca reflejada repetidamente en sus poemas: «con los ojos cerrados / de par en par / y con el alma inquieta» (p. 42), «ya por florecer tengo el alma llena» (p. 67). Concentradas en representar sus eternas acciones alegóricas parecen también meditar tras haber leído los versos de Ingrid Vaughan.

IVÁN HERNÁNDEZ MONTERO